

El Herald de la Guardia Civil

PERIÓDICO SEMANAL ILUSTRADO

AÑO III	PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
	TRIMESTRE	1.50 pesetas.
	Península.....	3.75 —
	Ultramar.....	5 —
	Extranjero.....	5 —
LÉANSE LAS ADVERTENCIAS FINALES		

Madrid 24 de Julio de 1895.
TODA LA CORRESPONDENCIA AL DIRECTOR.—Apartado en Correos, núm. 147.
OFICINAS: CALLE DE SANTA LUCIA, 10, MADRID

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN	
1.º El tiempo mínimo de suscripción es un trimestre.	NUM. 100
2.º Las suscripciones se cobran por trimestres adelantados, cualquiera que sea el tiempo porque se hagan los abonos.	
3.º Las suscripciones se cuentan desde el principio del mes en que se recibe el aviso.	
4.º La suscripción se continuará indefinidamente en tanto no se reciba del suscriptor aviso en contrario.	

La Guardia civil batiéndose.

La propuesta del ilustre general Martínez Campos, ¿abarcaba este punto?

Entendemos que no; y sin embargo justo se hace fijar algo y aun algo la atención en cuanto a él.

Parecía y parece deducirse que los enojos sentidos por alguien contra la Guardia civil hasta el punto de pretender transformarla por completo, que estos debían reconocer por principal, por no decir única causa, la falta de cohesión de las fuerzas del Instituto benemérito ante el peligro común, si buenas en el desempeño de especiales cometidos, malas ó imposibles como núcleos de fuerza regimentados para desempeñar funciones de hombres de armas en el peligro.

Y sin embargo, en pocas acciones se habrán encargado tanto los hechos mismos, de desmentir estas conclusiones.

Porque no hay, hasta el actual momento, arma ni cuerpo que reuna en comparación de la fuerza de que dispone, tantos hechos notables como los que la Benemérita registra en Cuba en los pocos meses de fecha que cuenta la campaña.

Con efecto. No ha mucho, la escasa dotación de un puesto aislado rechazaba enérgicamente la agresión formidable de una partida de insurrectos superiores en número al de los leales defensores que, no obstante, supieron vencer a los filibusteros, heroicamente secundados por una mujer y un niño. Tan reciente es el hecho, que parecería vanidad inexcusable relatarlo aquí de nuevo, siquiera esta consideración no alcance ni pueda alcanzar jamás a debilitar la soberana importancia de tan recomendable como reciente ejemplo. Hoy siete heroicos guardias también, atacados de súbito por un número superior al de ellos, saben defenderse como buenos, y cuando la necesidad aprieta, unidos y compactos se abren paso con las puntas de las bayonetas, que el enemigo común se guarda bien de estorbar...

El comandante Armistián, como el capitán Hernández, como el coronel Tort y como tantos y tantos otros, ocupan á diario la atención general con el relato de sus proezas... ¿Dónde palpita, pues, la necesidad de alterar, destruyéndola esta hermosa Institución? Hoy que los apasionamientos propios de toda discusión en donde se mezclan intereses personales han desaparecido, y se imponen la realidad de los hechos verdaderamente consoladores que los individuos de los Tercios antillanos realizan frente al enemigo de la integridad nacional, justo es subrayarlos como de derecho les corresponde, para que unos y otros se persuadan de que la Guardia civil aquí y allí no necesita sino que se la sostenga para mantener tan alto como pueda apétese su esca-recido nombre como corporación providencial, demisión y destinos irremplazables, y como organismo

militar, parte integrante del ejército, cuyos ardimientos patrióticos y venerandos siente y mantiene con el tesón y la bravura que el primero.
¡Bien por la Guardia civil!

Lo que se dice

El 17 salieron de esta corte para San Sebastián SS. MM. y AA. RR. La infanta doña Isabel, desde Villalba, se dirigió á La Granja, donde pasará la temporada de verano.

A la estación del Norte concurrió todo el elemento oficial, haciendo imposible el tránsito, y á lo largo de la vía, hasta el puente de los Franceses, un numeroso y distinguido público, ganoso de ofrecer sus respetos á SS. MM. ocupaba las inmediaciones de la vía, que ha cubierto en toda su extensión la Guardia civil.

Los regios expedicionarios llegaron felizmente, y sin novedad, á la capital de Guipúzcoa.

Los tristes sucesos recientemente ocurridos en Zamora, han puesto de nuevo sobre el tapete el papel especialísimo á que está obligado el Instituto en semejantes casos.

De protector decidido de todo linaje de intereses, ha de convertirse de repente en primer dique ó muro de contención de los desplantes de la multitud, y en Zamora, la Guardia civil ha tenido ocasión sobrada de demostrar lo que es y lo que vale su intervención cuando se halla dirigida por la circunspección y el acierto.

Nuestra enhorabuena al digno Jefe de aquella comandancia.

Aunque bastante menos, no pasa día en que no se hable de los futuros sorteos para Cuba, en el supuesto de que regrese algún personal de jefes y oficiales.

Hasta hoy, no obstante la diligencia desplegada para ver de enterarnos y enterar á nuestros lectores, nada hemos podido averiguar de cierto sobre el asunto.

Creemos, pues, aventurado y falto de veracidad cuanto se diga sobre el asunto.

El verano se distingue por el calor —es natural— y por la movilidad del género humano durante esta estación.

Los trenes salen de Madrid henchidos de viajeros, lo mismo en dirección del Norte que de la costa de Levante, y aún del Mediodía, y los de la imperial Toledo nada tienen que envidiar á los más favorecidos. En estos últimos, caras juveniles resplandecientes de entusiasmo bélico, anuncian á los jóvenes alumnos de mañana de la Academia de infantería, acompañados de graves coeficientes, entre los que he-

mos visto muchos apreciables amigos del Instituto. A unos y otros deséales EL HERALDO éxito completo en sus aspiraciones.

Hemos tenido ocasión de saludar en esta corte á nuestro particular y querido amigo D. Eduardo Moreno y Bueno, Coronel Subinspector del 16.º tercio, que una vez terminado el objeto de su venida regrese á su habitual residencia.

El heroico comportamiento de un destacamento de siete guardias en la isla de Cuba, ha sido objeto en estos últimos días de las conversaciones generales y del aplauso público.

Bien merecidos son estos individuos de una especial recompensa por parte del Gobierno.

Como sería de desear que por algunos periódicos no se hubiera dado al olvido, con una intención que no se nos alcanza, la circunstancia de pertenecer á los tercios de la Benemérita en la Gran Antilla, aquel puñado de valientes.

A cada cual lo suyo.

Empezamos á recibir cartas de nuestros suscritores declarándose conformes con el espíritu y letra del proyecto de reglamento para el ascenso de las clases de tropa, que insertamos en nuestro número anterior, y que se halla pendiente de aprobación del señor Ministro de la Guerra.

Al que trasmitimos el ruego de nuestros abonados.

Hemos tenido el gusto de recibir dos atentos comunicados, que desde Villanueva de San Carlos (Ciudad Real) y Guareña (Badajoz), nos dirigen personas respetables, dándonos cuenta de dos servicios importantes prestados por la fuerza del Instituto en dichas localidades establecidas.

En la imposibilidad de poder dar cabida á los expresados escritos, trazamos estas líneas como prueba de agradecimiento á los comunicantes, y para que sirvan de satisfacción á los cabos Francisco Moro Durán, Julián Chanuzo Hurtado y Eugenio Sevillano Borrego.

Con la circular que aparece en el *Diario oficial* núm. 160, queda fuera de toda duda que los sargentos de la Guardia civil y carabineros no tienen derecho á pedir se les destine con el empleo de segundos tenientes de la escala de reserva al ejército de Cuba.

Como ya indicamos en nuestro número último, nosotros no nos explicamos el por qué de esa desigualdad, y por ello consignamos otra vez nuestro más profundo disgusto, sin perjuicio de volver de nuevo á tratar este asunto.

EL REGLAMENTO DE ASCENSO

de las clases de tropa

Nuestros habituales lectores verán en el lugar destinado á folletín de EL HERALDO, y en su último número, inserto este proyecto elaborado por el Negociado correspondiente de la Dirección general del cuerpo y que, previa la aprobación del veterano general Palacio, hallase hoy sometido ó pendiente de la del ministro de la Guerra.

Como en el consabido proyecto de reglamento han tenido cabida algunos de los puntos ardientemente defendidos por nosotros y nuestros carifiosos colaboradores, ni que decir tiene la legítima y natural satisfacción que ha venido á producirnos su lectura.

Y cuenta que esta satisfacción sería completa si en el consabido cuerpo de doctrina hubiéramos visto solucionados también:

1.º La consideración verdaderamente honorífica, y nada más que honorífica, á que queda reducido el distintivo de guardia primero; y

2.º Un programa general y fijo de materias á que debieran sujetarse todas las Juntas examinadoras de Tercio.

Vamos por partes. No se nos alcanzó nunca, desde la reforma introducida en la materia por el reglamento anterior, vigente que la Guardia civil, tan amante como en justicia lo es de su abolengo y ante cedentes históricos hasta el punto de no hacer posible alterar el color de la cinta con que galonea su prestigioso tricordio; no se nos alcanzó nunca ejercer, en corporación como ésta, donde equivale á un imposible la menor variante en su complicada como legendaria indumentaria el que se pusiera mano y pueda persistirse en el error de no reconocer el valor de la graduación jerárquica (más moral que efectiva), pero graduación al cabo del concepto antes merecido por el galón de guardia primero.

Nosotros nos declaramos completamente partidarios de que á esta pequeña clase del Instituto se la considere como algo más que un soldado de distinción, y por lo tanto, que en todas absolutamente, en todas las ausencias del sargento ó cabo sustituyan á estos en el mando de los puestos.

Los cambios de mando tan frecuentes en el Cuerpo, por lo que toca á los puestos precisamente, por no reconocer autoridad ninguna á los guardias primeros, no pueden proporcionar ningún bien á la disciplina, si necesaria en toda tropa, mucho más indispensable en los pequeños destacamentos de la Guardia civil.

Y no vemos las dificultades que pueden ó hayan podido presentarse para llegar al fin que nosotros nos permitimos indicar.

Los preceptos de la ley constitutiva, base del actual Reglamento y claro es que también del ahora en

CUENTOS MILITARES ESCOGIDOS 161

en sí de gozo, y cubría de besos el rostro de su hijo, curtido por el sol.

Desde que Antonio, siendo niño, había mostrado su afición por la carrera de las armas, su madre, viuda de un comerciante acomodado, deliraba por ver á su hijo de uniforme, con esa vanidad sublime de las madres.

Cuando el muchacho fué cadete, gustábase á ella salir apoyada en el brazo de su hijo, y le decía que su deseo más vehemente era vivir hasta que le viera con el uniforme de general.

Nunca había pensado en la guerra; así es que al encontrar á Antonio tan cerca del peligro, después de oír retumbar el cañón en los anteriores días y de haberse horrorizado ante el espectáculo de un pueblo iluminado por los resplandores del incendio, vertía abundantes lágrimas y estrechaba contra el pecho al hijo de su corazón.

El capitán estaba conmovido y lloraba también.

Después, para animar á su madre, díjole en tono de broma:

—No tengas miedo por mí: todavía has de verme hecho un general.

La noche transcurrió en dulce coloquio, hablando ambos del tiempo pasado y del presente, que tanto les inquietaba.

La madre daba consejos al hijo para que no hiciera locuras ni se colocara en los sitios de mayor peligro, y el capitán besaba las manos de la anciana y contestaba sonriendo:

—[Te digo que volveré de general!...

IV

¡La diana! En el campo de batalla, ¡qué alegres escuchan sus notas los vencedores! ¡Y cuán tristemente resuenan en el corazón de los vencidos!

Para los que durmieron sobre los laureles, es la apoteosis, el himno del triunfo; para los que se entregaron al sueño con el despecho de la derrota, es la voz doliente de

160 BIBLIOTECA DE EL HERALDO DE LA GUARDIA CIVIL

larga ausencia y ante la proximidad del peligro? ¿No podía el enemigo vencer á las tropas leales, derrotarlas y volver á entrar en la población á sangre y fuego?

La gran masa que formaban los edificios al final de la llanura, parecía atraerle; sentía fiebre y se hallaba tan excitado, que creía ver á su madre en el balcón de la casa donde él nació, tendiéndole los brazos y llamándole á ellos amorosamente.

Varias veces cruzó por su imaginación la misma idea. Marcharía á la ciudad, y después de besar á la anciana, volvería al campamento sin que nadie le viera; pero este pensamiento repugnaba á su conciencia de soldado fiel á la ordenanza.

Y, sin embargo, continuaba atrayéndolo poderosa é irresistiblemente la ciudad, con sus altas torres, que se divisaban confusas al tenue é incierto fulgor de las estrellas, y con aquellos puntos que brillaban como gusanos de luz sobre el informe amontonamiento de los edificios.

Casi sin darse cuenta de ello, el capitán Santisteban salió de la tienda, y adoptó por fin la resolución de marchar. Como la retaguardia estaba cubierta por la población, no había centinelas; nadie le vería, y antes de que despuntara el alba estaría de regreso.

El campamento de la caballería era el más inmediato á la ciudad; así es que no corrió el peligro de que le oyera algún soldado. Sin embargo, dos veces se detuvo en su sigilosa marcha; una al escuchar el ruido que producía el flamear de un banderín sacudido por el viento, y otra al oír el grito lento de los centinelas repitiendo el *¡alerta!* con voces lejanas y melancólicas, con ecos tristes y graves que vibraban en el espacio y producían un involuntario estremecimiento.

III

Más de una hora retuvo al capitán Santisteban en sus brazos la anciana que le dió el sér. La pobre mujer no cabía

LA DIANA

por Gabriel Briones.

I

La primera brigada de aquella división del ejército acababa de llegar á la villa, que el día antes habían evacuado las tropas contrarias, y el general dispuso que al momento marcharan las fuerzas para acampar al otro lado de la población, dando frente al enemigo.

El vecindario agolpábase en calles y balcones, y ofrecía á los soldados los escasos víveres que le dejaron los carlistas. En algunas casas se advertían los destrozos ocasionados por aquéllos, y en el barrio donde se habían refugiado los liberales para defenderse, humeaban aún los restos del incendio.

La bandera nacional flotaba en muchos edificios, y las aclamaciones del pueblo á los libertadores se confundían con las notas de las bandas militares, y el estrépito de la caballería, y el rodar de los cañones.

Como el enemigo había abandonado la población con objeto de rehacerse y esperar numerosas reservas, el general dispuso que las fuerzas salieran inmediatamente fuera de la ciudad y ocuparan la llanura inmediata, en previsión de un ataque.

Por esta circunstancia el capitán de húsares D. Antonio Santisteban no pudo abrazar á su anciana madre, y tuvo que contentarse con enviarle una intensa mirada de cariño al pasar rápidamente bajo el balcón, desde el cual ella parecía á punto de arrojarle en los brazos de su hijo,

proyecto, habían de seguir incólumes aunque se levara á cabo la reforma que apuntamos.

Porque el guardia primero podía muy bien considerarse como un soldado distinguido, pero como puente también entre el cabo y el guardia segundo, con mando directo sobre éste. Esto no quita para que las cosas siguieran como hasta aquí; es decir, que ambos (guardia primero y segundo) pudieran ir á las oposiciones sin que el galón diérase ninguna preferencia, exceptuando, como es consiguiente, los casos de empate.

Hay que reconocer, pues, que la tradicional clase del *ángulo*, no es si no sombra de lo que fué, y que de esta suerte nosotros creemos que el servicio gana bien poco en verdad.

De aquí que no mostremos conformidad con el Reglamento de ascensos en proyecto, por lo que toca á este punto, que juzgamos importantísimo; y si el temor de parecer prolijos no nos contuviera, mucho podríamos escribir respecto á este extremo, por lo mismo de ser nosotros amantes de lo tradicional en todo cuanto con el Instituto se relacione.

En la segunda observación hecha al Reglamento, habremos también de concretar, porque no es de las que se prestan á alardes imaginativos de ninguna especie, y, por el contrario, envuelve indiscutible importancia.

Con efecto: un programa único de conocimientos para el ascenso á cabo, constituirá la más preciada garantía para los aspirantes, que de otra suerte se hallan expuestos á estudiar en un Tercio la misma materia con distinta extensión que en el otro; y nada puede engrandecer mejor el abuso que esta diferencia, como nada tampoco será capaz de matar tanto como esta desigualdad, la satisfacción interior que recomienda la Ordenanza.

Es más. Con un programa único, y unos idénticos conocimientos generales, el artículo ó disposición transitoria del proyectado reglamento tendrá perfecta razón de ser. Pues desde el momento en que la suma de ilustración exigible sea igual, nada más razonable que las listas-escalafones de aptitud se agoten, por cuanto los individuos que en ellos figuren tendrán la propia idoneidad acreditada que los ascendidos y la que puedan acreditar los sucesivos aspirantes, en tanto que sin esta igualdad desaparecerá la confianza.

Habremos de necesitar ejemplos que no supla el buen sentido de nuestros lectores? Porque los consideramos innecesarios y nocivos, hacemos alto aquí, no sin consignar nuestro deseo de que recaiga en breve la aprobación superior en el proyectado Reglamento, y á ser posible, con el aditamento importantísimo de ordenarse al Director general del Cuerpo la formación de un programa único de conocimientos, bien circunstanciado.

Como así lo demandan la razón y el derecho aunados, abrigamos la esperanza de que habrá de llenarse este vacío en un articulado no por esto menos meritorio y digno de aplauso para el celoso general que le suscribe, y el negociado correspondiente que ha trabajado en su confección. Y basta por hoy.

Impresiones de la guerra.

No hemos recibido hasta hoy, la carta que particularmente nos anuncia nuestro ilustrado correspondiente de la Habana.

Ni la echamos de menos, porque la atención general la sustrae y secuestra por completo el doloroso hecho acaecido en el camino de Manzanillo á Bayamo.

La muerte del bravo general Santocildes, con constituir en sí un hecho vulgarísimo en nuestra historia militar, no puede menos de fijar la atención. Como el aplastamiento de enhiesta torre produce más emoción que la caída de cualquier piedrecilla, con constituir uno y otro hechos iguales fenómenos y obedecer á las propias causas en el estudio de la gravedad de los cuerpos.

La muerte de un soldado tiénese así como la consecuencia lógica de cualquier combate; y ¿por qué no la de un general? Tan soldado es éste como aquél, y ha tiempo es axiomático que los proyectiles son mensajeros de la muerte, y la muerte es la igualdad sin rival de todas las jerarquías.

Triste, tristísimo es lo acontecido en el camino de Bayamo, pero no tanto para que se reputen de verosímiles los más terribles augurios, ni se juzgue de comprometida la situación de nuestras tropas, ni mucho menos el porvenir de la campaña.

Los generales muertos sobre el campo de batalla no son sino símbolos fehacientes de la bravura de unas tropas en que el primero y el último se confunden al momento de combatir. Pero de esto á suponer, como lo efectúan ya algunos periódicos, que por el hecho en sí deba juzgarse fracasada la gestión de un general en jefe, hay y media distancia enorme.

Quien, como nosotros, ha militado á las órdenes del general Martínez Campos, no puede asentir sin protesta contra tamañas deducciones. Independientemente del resultado de la guerra, para nosotros ya más dudoso, hay que conocer y saber apreciar las condiciones de carácter del director de la campaña en la isla de Cuba. Para muchos constituirá una sorpresa lo ocurrido en el camino de Bayamo. Para nosotros es la cosa más natural del mundo, hallándose allí quien está. El general Martínez Campos ha sido es y será así, siempre.

¿Cabe suponer que desconociese, él, veterano de aquella guerra y de aquel suelo, la intención y la importancia de las fuerzas que se oponían á su paso? El general Martínez Campos no desconocía esto, como estaba seguro de la superioridad numérica del enemigo y... por eso fué así solo. Esto mismo hizo siempre donde mandó, y para los que lo recuerden no era dudoso que haría ahora lo propio. El encuentro, pues, ó los encuentros sostenidos contra fuerzas centuplicadas por el general en jefe del ejército de Cuba con su pequeña escolta, denota á nuestros ojos la confianza absoluta del general Martínez Campos en su propio valer. Es el desprecio más completo que puede hacerse del enemigo.

Cierto que en uno de los hechos de armas librados el general Santocildes cayó víctima del traidor plomo separatista; pero no es menos cierto que, con independencia de este triste y doloroso accidente, el general Martínez Campos ha ido donde se propuso, arrollando las fuerzas enemigas más pujantes y seguidas de 400 infantes y cien caballos.

¿Dónde hallar aquí el fracaso... de que algunos hablan?

Lejos de esto, lo sucedido lo juzgamos nosotros síntoma infalible de la debilidad del traidor enemigo con que allí luchamos, que pudiendo haber logrado un triunfo de consecuencias incalculables, ha retrocedido, abierto paso y hasta huido ante un puñado de valientes acudidos por el general en jefe.

Como no somos políticos é ignoramos hasta qué punto es conveniente cooperar á la demolición de un prestigio, y mucho más si es militar, declaramos lealmente que no se nos han alcanzado ni la actitud

de determinar los periódicos, ni las consecuencias que de lo sucedido pretenden deducirse.

Si algunas encontramos, son las expuestas, á las que unimos el dolor profundo que nos ha ocasionado la muerte gloriosa del general Santocildes, cuyo nombre figurará desde hoy, entre los de los hijos más predilectos de España.

Escritas hace días las precedentes impresiones, vemos que no hay para qué alterarlas, ni en su esencia ni en las consecuencias que de los combates librados por el general en jefe del ejército de Cuba hicimos.

Pues excepción hecha del número de combatientes, ampliado por los últimos detalles, siempre resulta que mil y pico de hombres, con el general Martínez Campos á su cabeza, han arrollado 7 000 filibusteros, demostrando á la faz del mundo que la superioridad numérica del enemigo jamás afectará al resultado indiscutible de lo hecho.

X.

El Colegio de Getafe.

Nuestro estimado colega *La Correspondencia Militar*, en uno de sus anteriores números, aboga calorosamente porque se procure hacer más llevadera la situación verdaderamente estrecha á que se ven reducidos los alumnos de este Colegio, muchos de ellos con numerosa familia á su cargo.

El apreciable periódico habla de lo espacioso del local que ocupa la fuerza de aquel puesto; y aunque no es estrecho en verdad, creemos inadecuada esta pretensión que habrá hecho llegar hasta las ilustradas columnas del colega militar alguno de los alumnos procedentes del Instituto, sin fijarse en la distinta misión de la casa-cuartel, que por ningún concepto conviene convertir en hospedería.

Más lógico pareceríamos fijarse y estudiar como se merece la condición de unos y otros alumnos, en razón de sus distintos empleos y procedencias, para, si preciso y conveniente se consideraba, igualar á los perjudicados con los que estén mejor, é fin de que, así como hoy se suman todos en la acepción común de alumnos de porvenir idéntico, no se diferenciasen, sin embargo, en términos de hacer llevadera y fácil la vida de unos é insostenible la de otros.

Nuestro respetable amigo el señor general Palacio, que tan solícito se muestra para cuanto se relaciona con los individuos á sus órdenes, se fijará sin duda alguna en este asunto, y remediará lo que remediable sea.

Estamos seguros de ello.

COLABORACION INÉDITA

La indiscreción castigada.

(CUENTO DE DOS SIGLOS HA)

(Dibujos de Cilla.)

Tenía tanta labia el estudiante, con tal gracejo de cía las cosas, y, sobre todo, tan picante y subida de tonos era la historia que, sin callar nombres propios, había contado, que no es mucho que con un palmo de boca abierta le hubieran estado escuchando por espacio de una hora la no por cierto escasa concu-

rencia que la buena suerte del posadero había juntado aquella noche en la cocina del mesón.

Y eso que allí había de todo. Maleantes arrieros, con más conchas que tortuga; pícaros en quienes des de la primera ojeada se advertía cercano parentesco



con los Guzmán de Alfarche, Lázaro de Tormes y Pablos de Segovia; tratantes en ganado caballar, que daban tifo de cuatreros á cien leguas; estudiantes que no tenían de tales más que las raídas y sucias bayetas, y hasta unas cuantas mozas, que de todo podían jurar menos de doncellas; haciendo razón con el jarro al picaresco samorejo, ó esperando la hora de recogerse buscando encuentros en una baraja tan roída de puntas como señada de pintas, se mezclaban y confundían con más de un soldado de esos que siempre están yendo, sin llegar nunca, al puerto de Cartagena en busca del galeón que ha de llevar un tercio á Dunquerque ó Ostende, con dos ó tres peregrinos de Santiago de Compostela, más falsos y hechizos que la moneda con que pretendían pagar la coña, y hasta con un autor de compañía que, sin más séquito que la dama, dos galanes y el bobo, caminaba en chillona y desventajada carreta con rumbo á dos ó tres lugarejos del contorno, donde había de representar los autos y pasos del Corpus.

Sin embargo, gente de más fuste y fundamento debía haber allí, puesto que en el zaguan de la posada se veía desatallado un coche de camino, que á tiro de arcabuz debía no ser de la pertenencia de ninguno de los personajes que componían el ilustre senado que llevamos dicho, como asimismo cuatro brías milas de tiro y un regaído alazán de silla, que habían ocupado los mejores puestos de la cuadra, y tras de las cuales cinco sabrosas piezas se le iban los ojos, y con ellos el alma, á uno de los tratantes, fondo en cuatrero, de que también hicimos el debido mérito.

Y á eso era debido, á no dudar, el desusado empeño que ponía el posadero, redomado truhán, bastante peor bautizado que el vino que hacía pasar en sus fermentadas cenas, en que, más temprano que de ordinario, se recogieran sus huéspedes, que cuando estaban despiertos, no guardaban todo el silencio y moderación que necesitaban para su descanso viajeros de calidad, molestados por las incomodidades de largo camino.

No poco trabajo le costó realizar su empeño; pero de tan poderosos razonamientos debió valerse, que antes de una hora, cogiendo cada cual su cabo de sebo ó su mortecina candelilla, se dió á bucar el cuchitil que la suerte lo deparara para pasar la noche; y tan en silencio quedó la cocina del mesón, que ni los mismos cuadrilleros de la Santa, que eran los

embelesada en la amorosa contemplación del gallardo caballero que marchaba al frente de un escuadrón.

Y era natural el deseo que ambos tenían de abrazarse. El había permanecido de guarnición, durante tres años, en una provincia lejana, y cuando iba á solicitar licencia, con el fin de pasar unos días al lado de su madre, el Gobierno mandó que se concentraran las tropas y marchasen para combatir á los facciosos.

Al saber que el regimiento se dirigía á su ciudad natal, Santisteban mostróse satisfecho, porque de este modo se lograba su anhelo de ver á la arciana; y su alegre esperanza trocóse en profunda tristeza al recibir la noticia de que las tropas contrarias ocupaban la población.

La noche anterior, el capitán había visto desde el campamento los resplandores del incendio, y su inquietud fué grande, temiendo por la vida del ser querido, al cual acaso no volvería á abrazar.

Aquella tarde, cuando entró en la calle donde habitaba su madre y vió á ésta en el balcón, su alegría no tuvo límite. Después de tres años de ausencia volvía á verla, tan amante y cariñosa como en la época en que alegraba su niñez. El joven hubiera querido subir para estrecharla entre sus brazos y cubrirla de besos; pero la disciplina militar es muy rígida, y además no había tiempo que perder, pues no podía dudarse de que estaba cercana la pelea.

Al jóse melancólico de aquel lugar, y su tristeza aumentó al contemplar los estragos que el enemigo había causado en la villa donde él vió la luz primera. En el barrio extremo, al salir de la población, halló junto á las ruinas de algunas casas destruidas por el enemigo, muchos cadáveres de liberales que habían perecido heroicamente defendiendo su hogar; los árboles de los caminos estaban destrozados, y en los campos solitarios se advertían las huellas de la destrucción y de la guerra.

Éra ya de noche cuando llegaron los húsares al sitio en que debían acampar, al pie de una colina que distaba de la población cerca de una legua; y no mucho despu-

cuando se destacaba en la penumbra la masa confusa de las blancas tiendas levantadas por los soldados en poco tiempo, resonaron en toda la extensa línea las notas de la retreta.

El ejército iba á descansar de las fatigas pasadas; pero su inquieto sueño podía fácilmente ser interrumpido por las tropas enemigas, que se hallaban no lejos de aquel sitio, á juzgar por el eco del toque de las cornetas que llevaba hasta el campamento liberal la brisa de la noche.

II.

A las once, solamente las voces de los centinelas que repetían el «¡alerta!» en las avanzadas resonaban en los campos. El capitán Santisteban hallábase senado dentro de su tienda, y desde allí veía la ciudad, en la cual brillaban algunos puntos luminosos. Estaba triste; y aunque intentó dormir, no pudo conseguirlo.

Desde que había pasado por la población, asaltaban su espíritu ideas elancólicas. Le parecía que su madre estaba muy envejecida, y atormentábase además el presentimiento de que en aquélla campaña perdería él la vida.

Su regimiento formaba parte de la vanguardia de aquellas tropas, harto escasas para pelear con el gran número de combatientes contrarios, de los cuales se sabía que si abandonaron la población al ver á los liberales, lo habían hecho con objeto de concentrar los numerosos refuerzos que se hallaban dispersos; de suerte que la situación de la primera brigada del ejército leal sería desesperada si entablaba la lucha antes de que acudieran en auxilio suyo. La angustia de Santisteban era cada vez mayor. Nunca había tenido miedo, y, sin embargo, ahora pensaba en el posible resultado de un combate. ¿Sería que el amor filial había enternecido el duro corazón del soldado en campaña? ¿No era triste, muy triste, batirse á la vista del único ser querido, sin haber podido dar un beso de despedida á la madre amada, ni estrecharla entre los brazos después de

la patria vencida que les hace despertar, la marcha fúnebre dedicada á los muertos de la víspera.

La pálida luz del crepúsculo iluminaba débilmente el campamento, cuando resonó en toda la línea el toque de diana.

Mientras tanto, grupos de jinetes hacían la descubierta, llevando al paso los caballos, como temerosos de una sorpresa del enemigo. Tal precaución no era exagerada aquel día, pues los centinelas de los puestos más avanzados aseguraban que por las montañas del frente veían bajar tropas en dirección al llano, y que comenzaban á formar en orden de batalla.

Poco tardaron los regimientos liberales en emprender rápida marcha para tomar posiciones, y los artilleros situaron las piezas con objeto de batir la llanura y defender el paso del río.

El coronel de húsares hallábase dando órdenes, cuando se le acercó un comandante y le habló en voz baja. Mostró el jefe extraordinario asombro, producido por la noticia, y exclamó:

—¿Cómo...? ¿Desertor?

—Sí, mi coronel, respondió el comandante.

—¿Y al frente del enemigo, en el momento de la lucha?

—¡Cobarde! ¡Qué vergüenza para el regimiento!

Pocos instantes después llegó á todo correr, por el camino de la ciudad el capitán Santisteban.

Acercóse adonde estaba el coronel, con ánimo de confesarle la Verdad; pero al observar el semblante de su jefe, inclinó la cabeza confuso, avergonzado, sin querer manifestarle que había tenido un momento de debilidad hallándose frente al enemigo.

El coronel, que profesaba afecto al capitán, al cual tenía por un caballero pundonoroso y fiel cumplidor de sus deberes, dijo:

—No creí á usted capaz de cometer este delito. Todos los oficiales del regimiento están enterados de la fuga de usted.

que mejor conocían el paño, hubieran dicho que allí albergaba otra cosa que personas que por su sanidad podían servir de ejemplo de buenas costumbres.

II

El último en retirarse fué el estudiante hablador, que, sin duda con barruntos de que había algo digno de ser conocido, se recataba y reclusa en la casa: finiendo no conocer bien el camino del pajar, que era todo el suntuoso camarín logrado para pasar la noche, tomó la escalera de uno de los corredores altos con ánimo de husmear el interior de cierta estancia cerrada á piedra y lodo desde las primeras horas.

Pero no tuvo necesidad de molestarse mucho. Sólo unos peldaños había subido, cuando tan de súbito se abrió la puerta, que el mozo, al verse cogido *in fraganti* delito de curiosidad, hubiera deshecho de un salto lo adelantado, si el que salía, que por cierto, aún á la dudosa luz de que se gozaba, dejaba descubrir un buen talle y una apostura no falta de gallardía, no le hubiera dicho con acento en que lo cortés o disimulaba la inquietud:



—Deténgase un punto el señor bachiller, y no dé tanta ligereza á las piernas como hace un momento daba á la lengua, tomando en boca el nombre de personas que por su alcurnia debieran merecer mayor respeto. Y dígame esto, añadió dulcificando la aspereza de su tono, no porque quiera, aunque con títulos para ello cuento, pedirle razón de sus indiscretos juicios, sino porque como hombre de estudios, he menester de su consejo, y como hidalgo y bien nacido, que así lo revelan las maneras de vuestra merced, necesito de su ayuda en el mayor aprieto en que se vió galán enamorado, más atento á conseguir el logro de sus ansias, que no cauto y aperebido en buscar los medios de hacer su esposa legítimamente á la dama por quien sacrificaría gustoso una hacienda que no es, por cierto, escasa, y una vida que se arriesgó más de una vez en servicio del Rey más grande que conoce la tierra.

El estudiante, á quien si el título de bachiller había halagado, no dejaba de desazonar el convencimiento de que sus palabras debían haber sido escuchadas por quien, á no dudar, no debieran ser oídas, recobro su aplomo con las posturas razones del desconocido, á quien contestó con una caballerosidad un tanto afectada y jactanciosa:

—Abríme puede vuestra señoría su pecho con entera libertad, seguro de que esta mal traída toga y estos maltrechos estudiantiles arcos, cubren á quien tan hidalgo sangre lleva en las venas, que por favor recer y amparar á persona que con tanta nobleza le demanda ayuda, no habrá peligro que no afronte ni emergera empresa á que vuelva el rostro.

—Siendo así, le respondió su interlocutor, hágame vuestra merced la de entrar aquí; que ni me conviene ser visto de nadie, ni el negocio de que se trata admite dilaciones ni moratorias.

Y diciendo esto, abrió del todo la puerta que enornada había dejado, y entró en la estancia, no sin haber hecho pasar delante al mal tenido por bachiller.

III

Del aposento, que se componía de dos piezas, no se veía más que una, quedando la otra cuidadosamente oculta tras una cortina de grosera tela.

En la primera ofreció el desconocido un taburete, que sillas no las había, á su improvisado huésped, y sin darle tiempo á hacer pregunta alguna, comenzó:

—Con deciros que soy D. Lope de Figueredo, el rico mayorazgo de que no hace mucho hablabais, excuso entrar en grandes pormenores de una historia que por lo visto conocéis á la perfección. Asuntos de familia, en que se trataba de la honra mal reparada de una hermana mía, me hicieron dejar las holguras de mi casa solariega de Granada, y el amor de buen padre, para venir á parar, ocultando mi nombre y mi condición, á la vecina ciudad. En ella conocí á la que desde entonces es ciudad norte de mi esperanza y estrella que me guía á los seguros puertos de la dicha. La hija del corregidor, cuya hermosura vos mismo encareciais en vuestros relatos, cautivé el alma y las potencias todas de ella; tuve la suerte de vencer, si no su honestidad, su inclinación, y esposa mía es ya en mi conciencia, como dentro de poco lo será ante los altares. Descubrir mi nombre era imposible, sin comprometer el logro de ciertas empresas que, por ser de honra, más que la vida me importan; aplazar la petición de la mano del imán de mis venturas, fuera exponerme á que, consumado el casamiento que su padre le tiene concertado, diera muerte á mis más legítimas y nobles aspiraciones. ¿Qué queréis? La juventud y el amor son arrebatados é irreflexivos. Conté con su asenso, tomamos lo preciso, compramos el coche de camino

que habéis visto á la puerta, y tras esos menguados cortinajes está la que sólo aguarda el momento preciso de entregarme su mano, como ya me entregó su corazón.

—¿Y en qué puedo servirlos? preguntó con extrañeza el estudiante.

—Muy sencillo, respondió el que se decía D. Lope. Antes de apartarme de estos lugares necesito ver al seductor de mi hermana. Para lograrlo he de dar un pequeño rodeo, que pudiera descubrir la traza de mi viaje á los criados del corregidor, que me siguen. A vuestra lealtad fío el tesoro que á nadie confiaría. Si cuando rompa el día salís de aquí con esa dama y me aguardáis en la parada que haréis antes de correr la noche, no sólo me habréis prestado el mayor servicio, sino que podéis tener por hecha vuestra fortuna.

Las razones que después siguieron no podemos decir las; pero si aseguramos que debieron ser de tal peso, que no echando en saco roto el estudiante, que entre sus defectos contaba el de ser un tanto pagado de su persona, la posibilidad de que la dama, que daba señal de ser antojadiza y de no dura condición, prendándose de él, diera ocasión de hacer alguna pesada burla al mayorazgo granadino, quedando para el intermediario su hermosura y la esperanza de la herencia de su padre, hizo por tan suya la empresa, que el D. Lope, estrechándole contra su corazón con los mayores extremos de amistad y de reconocimiento, después de asegurarle que la cuenta en la posada estaba satisfecha y que la dama quedaba de antemano advertida, le rogó se quedara allí toda la noche, no despertando á doña Leonor—que así se llamaba la hija del Corregidor—hasta que hubiera reparado sus fuerzas con algunas horas de descanso. Hechas todas



estas advertencias, se despidió hasta la noche siguiente y salió sigilosamente, dejando al estudiante entregado á los más dulces y fantásticos sueños que embargaron nunca cerebro saturado de *Institutas, Digestos y Decretales*.

IV

Mas ¡ay! cuando despertó, que fué mucho antes de que las blandas almohadas del occidente dejara el padre de la luz, se encontró la escena variada por completo.

En vez de las dulces razones de la dama, á quien ya daba por rendida á sus galanteos, lo que oyó fueron los más groseros insultos de media docena de esbirros del Corregimiento que se disponían á maniatarle con no suaves cordeles, y las descompuestas voces de la andariega doncella, que juraba no conocer á aquel hombre, y si sólo á D. Lope de Figueredo, que era ya, según decía, su esposo de palabra.



—Téngase usaría, dijo al fin el que hacía de cabeza de los ministriles, con una grosería que se esforzaba en hacer pasar por respeto. El que como mayorazgo de Granada nombra, ni es tal sino el truhán más batanado por la penca que vi en mis días, y eso que he visto muchos, ni jamás se enamoró de otras perfecciones que de las buenas joyas y no peores ropas que con engaño hizo que mi señora sacara de casa del señor Corregidor, su padre. Este bribón, que es su cómplice y encubridor, dirá en el potrero dónde dió con el coche y sus huesos, mientras mis gentes conducen á su casa á vuestra señoría.

Y viendo que la dama había sido tomada de un deymayo, mandó conducirla á una litera que traían aparejada, y á empellones sacó al estudiante de la posada, desde cuya puerta el mesonero pedía por unos Santos, en que á fuer de morisco no creía, las monedas que con gentes tenidas por tan principales pensó ganarse.

V

Que el fingido mayorazgo no volvió á parecer, no hay necesidad de encarecerlo; que la hija del Corregidor halló consuelo tomando por marido al que su padre la destinaba, no hay para qué decirlo; y que el esposo fué de mansa condición y natural benigno, se adivina con saber que no siendo la aventura de la escapatoria desconocida de nadie, él jamás se percató de averiguar si algo más que joyas y ropas robó al que tomó por su nombre el de D. Lope de Figueredo.

El único que escapó mal fué el estudiante, que después de todo salvo los doscientos azotes que sufrió como exordio, no hizo otra cosa que variar de carrera, puesto que, en vez de la de las letras, tomó la naval.

Por cierto y verdad que los diez años que estuvo remando en las galeras del Rey nuestro señor, le debieron dar tiempo á pensar más de una vez que suelen traer las indiscreciones peores consecuencias para quien las comete, que para aquellos mismos á que se quiere perjudicar.

ANGEL R. CHAVES.

18 de Junio de 1895.

(Prohibida la reproducción.)

Información de «El Heraldo»

Ingresados en el Instituto en el presente mes.

Antonio Hurtado Martínez, destinado á Córdoba; Francisco de la Orden García, Zaragoza; Juan González Mata, Salamanca; Manuel Barbeido Barbero, Logroño; Marcelo Jiménez Barroso, Salamanca; Juan Iglesias Romero, León; Manuel Sáenz Román, Cáceres; Bartolomé Segura Campoy y Jesús Cerdán Medina, Soria. Todos los individuos pasan á prestar sus servicios como agregados al Depósito de Recría y doma de Getafe.

Individuos destinados á Cuba en el presente mes.

Guardia Viteiros de María González, de Puerto Rico, con el empleo de cabo, y en su empleo los guardias de Valencia y Puerto Rico, respectivamente, Felipe Albiol Teixido y Antonio Moreno Alvarez.

Aspirantes á ingreso.

Manuel Corral Cacharrón, Juan Vicente y Vicente Manuel Salido Rodríguez, José Vales Nievas, Miguel García Rodríguez, Diego Alvarez Montero, José González Martínez, Antonio Sánchez Estévez, Pedro Barbero Rodríguez y Ramón Segundo Franco.

Caballería.

Juan Haro López, guardia de la Comandancia de caballería, con el empleo de cabo trompeta en Jaén; José Mata Anzón, y en su empleo los guardias de Puerto Rico, Colón y Soto de Rivas, Doroteo Melero Ortiz, Sinesio Bolaño Barlé, Francisco Egea Martínez, Simón Pérez González y Aureliano Rosillo Rubio.

PROPUESTA DE ASCENSOS DE GUARDIAS Á CAROS Y COMBINACIÓN DE DESTINOS COMO CONSECUENCIA DE LA MISMA.

Félix Ibar Nicolás, ascendido de la sexta compañía de Guadalajara á la segunda de Madrid; Ricardo Pérez Cajide, de la segunda de Madrid á la quinta de Guadalajara; Isidoro Díaz Marqué, ascendido del escuadrón de Ciudad Real á la misma unidad; José Domínguez Robles, ascendido de la novena de Cádiz á la misma unidad; Juan Izquierdo Altabe, de la novena de Cádiz á la octava de la misma; Ramón Blasco González, de la octava de Castellón á la novena de Valencia; José Otero Pereira, ascendido de la sección de la Corona á la misma unidad; Estanislao Alvarez y Alvarez, ascendido de la segunda de Oviedo á la misma unidad; Severino Calleja Ordiz, de la segunda de Oviedo á la primera de la misma; Juan Alcalde Cáceres, supernumerario de la primera de Badajoz á la segunda de la misma; José Merino Berenguer, de la segunda de Badajoz á la cuarta de Cáceres; Martín García Gil, supernumerario del Norte á la quinta del Sur; Tiburcio Obregón Juvin, ascendido de la segunda del Norte á la quinta del Sur; Juan Marcos Rocamora, ascendido de la Comandancia de caballería del primer escuadrón á la misma unidad; Arturo Ruiz Rodríguez, de la quinta del Sur á la sexta de la misma; Froilán Alaez de los Ríos, de la tercera del Norte á la novena del Sur; Nicolás Ortiz Martínez, de la quinta del Sur á la tercera del Norte; Enrique Medina Pérez, ascendido á la Comandancia de Málaga; Martín Galán Pérez, ascendido de la primera del Colegio de Guardias jóvenes á la segunda de la misma.

Se ha cursado al ministerio de la Guerra propuesta de recompensas, formulada á favor del cabo y guardias de la Comandancia de Guadalajara, José Martín, Antonio Sanz y Fernando Ortíz Martín, por el servicio importante que esta fuerza prestó en Junio último, capturando al autor del horrible asesinato cometido en la persona de un vecino del pueblo de Molina de Aragón.

Se les propone para una mención honorífica.

Otra propuesta se ha cursado al expresado departamento ministerial, por el excelente comportamiento que observó fuerza del Instituto de la Comandancia de Alava, con motivo de la alteración de orden público que tuvo lugar en Laguardia el día 20 de Agosto de 1893.

Se propone al comandante D. Eduardo Tamarit, que dirigió el servicio, y primer teniente D. Demetrio Rodríguez Castro, que resultó contuso, por la cruz del Mérito militar roja pensionada, con la semidiferencia en tres sueldo y el del empleo inmediato; á los tenientes D. Manuel Sainthan Navarro y D. Bruno Fraile, la misma cruz sin pensión; al cabo Clemente Blas, guardias Ángel Ruiz, Julian Usalde y Faustino Ibañez, la misma condecoración pensionada con 260 pesetas mensuales; al sargento José Marquina, Carlos Marcos, Faustino Lajaraz y guardias Miguel Culla, Santiago Medina, Apolinar González y Benito Carracido, la misma cruz sin pensión.

Permutas.

Juan Ayuso Conde, guardia segundo de la Comandancia de Logroño, puesto de Santo Domingo de la Calzada, desea permutar con otro de su clase de las del Sur, Zamora, Salamanca, Oviedo, León, Lugo ó Guipuzcoa.

Manuel Mon Rodríguez, guardia segundo del arma de infantería, de la Comandancia de Madrid, puesto de Chinchón, desea permutar con otro de su clase de la caballería de la de la Corona.

Antonio Muñoz Fernández, guardia segundo de la undécima compañía de la Comandancia de Huelva, puesto de Hinojar, desea permutar con otro de su clase de la de Badajoz.

Serafin Mendoza Redondo, guardia segundo de la Comandancia de Granada, puesto de Puebla de Don Fadrique, desea permutar con otro de su clase de la de Valencia.

Basilio Martínez Heras, guardia segundo de la Comandancia de Segovia, agregado á la de Soria, puesto de Barahona, desea permutar con otro de su clase de esta última provincia.

José Arias Trigo, guardia segundo de la Comandancia de Huelva, puesto de Higuera, desea permutar con otro de su clase de las de Lugo, Orense, Pontevedra ó Coruña.

CONSULTORIO

DE NUESTROS SUSCRITORES

Las CONTESTACIONES á las cartas anteriores á la fecha de este número, que no figuran en esta sección, por falta de tiempo para evacuarlas, se contestarán inmediatamente por correo ó en el próximo número.

Flasas.—B. V. R.—1.ª No puede precisarse. 2.ª El número 336 entre los soldados. 3.ª Es un turno riguroso el que se lleva para dar colocación, y con tal motivo nada podemos hacer en el asunto.

Castro del Río.—D. P. T.—1.ª No, señor, puesto que la procedencia es caballería, ó sea de la en que dejó su vacante al regreso de Ultramar, pues indudablemente no es aspirante de dicha arma. 2.ª Se le remitirán.

Jaramilla.—M. A. C.—1.ª El núm. 42 entre los sargentos. 2.ª Se le remitirán.

Casa de la Selva.—J. P. T.—1.ª Con fecha 24 de Junio último se cursó al Consejo Supremo de Guerra y Marina, y hasta hoy no ha sido resuelta. Desde la fecha de la resolución. 2.ª El número 23. 3.ª Hecho el traslado.

Vilovi.—V. H. C.—El número 1.

Montejicar.—J. O. C.—1.ª En 7 de Junio se cursó la propuesta á Guerra, sin que hasta la fecha haya recaído resolución. 2.ª En Chinchilla (Albacete).

Fuente Guindillo.—L. C. G.—Desde el día en que su quinta pasó á la reserva.

Badajosa.—A. B. T.—Si, señor, pero hay que acompañar á la instancia documento que justifique la necesidad.

Mezquita.—A. Z. Q.—El número 1.

Olvera.—D. R. R.—1.ª El número 599 entre los cabos. 2.ª Cada clase figura por separado. 3.ª No, señor; únicamente sirvió para extingir el compendio. 4.ª Continúan figurando.

Vigo.—N. F. O.—El 992 entre los soldados.

Higuera.—J. A. T.—Publicada la permuta.

Puebla de Don Fadrique.—S. M. R.—1.ª Manifieste usted en el Cuerpo en que sirvió para poderle complacer. 2.ª El 4.644 y J. M. C. el 8.899. 3.ª No tiene usted necesidad de solicitar el pase nuevamente, puesto que figura ya con el núm. 21, y no por esta circunstancia alterará el turno, sino que continuará en el mismo lugar que en la actualidad ocupa. 4.ª Publicada su permuta.

Brique.—J. M. A.—1.ª 51 aspirantes. 2.ª No, señor. 3.ª El 8.33. 4.ª En Cárdenas (Matanzas). 5.ª El 1.681. 6.ª Veintiún años, cuatro meses y veintidós días. 7.ª Instancia, partida de bautismo, certificado de buena conducta por el alcalde y cura, y ároco y otro del juez, en que conste no haber sido procesado.

Guadaleón.—N. R. Z.—1.ª El 245 entre los cabos. 2.ª Puede continuar, y en el puesto al que correspondiera el pueblo en que residiera, pagar las cuotas. 3.ª No, señor; tiene usted que servir el año que tiene contratado á futuro. 4.ª El 60.

Puebla de Obis.—S. P. M.—1.ª Si, señor; el 477 entre los cabos. 2.ª Si, señor. 3.ª Sólo es válido por mitad. 4.ª Si, señor; pero para los cabos y guardias no les es aplicable hasta que reúnan veinticinco años de efectivos servicios, y á los sargentos hasta los veinte.

Seo de Urgel.—S. T. R.—1.ª El 2. 2.ª En Amusco (Palencia). 3.ª Esteban Portero Alexandre, en Mancha Real (Jaén).

Palamanea.—E. G. G.—1.ª El uno. No puede precisarse. 2.ª El 2. 17 agregados. Si, señor.

Arenys de Mar.—J. B. H.—El 1.094 entre los soldados.

Carratraca.—M. S. D.—1.ª J. T. G. el 1.065 y I. G. S. el 1.038. 2.ª En la tercera categoría; pero sólo cubren el 5 por 100 de las vacantes que mensualmente ocurren. 3.ª Un metro 667 milímetros; se dispensan 10 de éstos; lo mismo á los de una clase que á los de otra.

Torremolinos.—E. M. P.—1.ª Si, señor. 2.ª No, señor; sólo se dará la tercera á la amortización. 3.ª Siendo soltero ó viudo sin hijos, si, señor.

Santo Domingo de la Calzada.—J. A. C.—1.ª y 2.ª Si al ingresar en el Instituto excedía de los treinta y cinco años de edad y llevaba más de uno separado de filas, no tiene derecho al premio. 3.ª Publicada su permuta.

Campillos.—J. M. G.—1.ª Por fin del actual, 12 años, 9 meses y 10 días. 2.ª 16 años, 11 meses y 23 días. 3.ª 16 años, 4 meses y 24 días. 4.ª 10 años, 4 meses y 7 días. 5.ª El 333 entre los soldados. 6.ª Renunció al ingreso.

Castellón.—J. G. A.—1.ª En la tercera compañía de la Comandancia del Norte. 2.ª En la séptima compañía de la Comandancia del Sur. 3.ª No, señor; como soldado figura con el 1.080 entre los de dicha clase.

Palma.—F. D. C.—1.ª Por fin del actual, 19 años, 2 meses y 25 días y 15. 2.ª y 27 respectivamente de voluntario. 2.ª El 98 entre los hijos de veterano. 3.ª Figura con el 46 entre los cabos, para obtener ingreso en el Instituto.

Vimianzo.—F. G. A.—1.ª El número 53. 2.ª No ha hecho aún el abono Gobernación. 3.ª El 217. Cuarta. Está en estudio. 5.ª El 18. 6.ª Está facultado. 7.ª José Rata en Valdemoro. Existen dos con el nombre y apellidos de Manuel Fernández Delgado, uno de la Comandancia de Málaga, puesto de Torre del Mar, y otro en Mondáriz (Pontevedra).

Teruel.—N. T. M. Vendrell. J. G. R.—Cel.

Ra.—J. G. N.—Piedrahíta. J. S. S.—San Roque.

R. R. B.—Espera. J. G. R.—Los Barrios.

F. R. P.—Los Villares. J. B. A.—Ademuz.

A. Q. M.—Fuente la Higuera. P. M. N.—Jorquera.

E. M. C.—Santa Ana. P. C. G.—Bartolomé.

M. P. G.—Ibiza. J. S. I.—Vera de Rubielos.

M. G. M.—Nebila. E. T. M.—Cantalapiedra.

A. J. R.—San Felú. A. B. C.—Soto de Cameros.

C. G. M.—Pilas. F. M. F.—Navia.

E. L. L.—Arboleda. R. O. S.—Monasterio de Rodilla.

M. L. S.—Cuevas de Vinromán. J. E. P.—Caudete. P. I. G.—Teruel.

M. S. E.—Caravaca. B. R. M.—Horeño de los Montes.

R. B. S.—Contestadas por correo.

Tip. de la Vinda é Hijos de Rubiños, San Hermenegildo 89

SASTRERIA MILITAR DE VIUDA É HIJOS DE V. J. PASCUAL

Casa fundada en 1814

2, TRAVESÍA DE TRUJILLOS, 2.—MADRID

Contratista para la Guardia Civil y Carabineros desde la creación de ambos Institutos.

Contratas para el Ejército y Corporaciones civiles y militares.



FABRICA DE IMPERMEABLES

EN BARCELONA

Luis Vives y Compañía

Barcelona, calle de Fernando, núm. 23.

Especialidad en los de forma reglamentaria para los señores Jefes y Oficiales de la **Guardia Civil** y demás Cuerpos del Ejército.

Empleamos el mejor tejido, de color invariable, negro firme, siendo flexible é impermeable garantizado. Capotes de buen corte, engomados y cosidos al mismo tiempo. Facilidades para el pago. Pídanse circulares y muestras.

GEMELOS DE CAMPAÑA

con estuche y bandolera, reglamentarios, para los señores Jefes y Oficiales de la **Guardia civil**.

Gemelo militar, objetivo 19 líneas, cónico; aumenta cinco veces, seis lentes campo de vista á los 1.000 metros 45 metros. Peso sin el estuche, 480 gramos.

Precio con estuche y bandolera, 60 pesetas.

Las condiciones de pago y descuento son según la importancia de los pedidos.

LUIS VIVES Y COMPAÑÍA

Calle de Fernando, número 23, BARCELONA

Sastrería militar DE FRANCISCO JUAN VIDAL

San Bartolomé, 7, 9 y 11, Madrid.

Contratista para la Guardia Civil y Carabineros.

Se confeccionan toda clase de prendas de militar y paisano. Corte excelente. Géneros del reino y extranjeros.

OBRAS

D. MANUEL ALVAREZ ALARCÓN

Habiendo fallecido dicho señor Comandante, su hijo D. Calixto Alvarez pone hoy con grandes ventajas, á disposición de los señores Oficiales é individuos del Cuerpo, las siguientes obras publicadas por aquel señor, y ya conocidas de gran parte de nuestros lectores.

Los alestados de la Guardia civil.—Colección de modelos de dichos documentos. Un tomo, 3 pesetas.

El Secretario (primera parte).—Colección de modelos de comunicaciones, instancias, expedientes, etc. Un tomo, 3 pesetas.

Varios conocimientos de utilidad.—Para clases é individuos de la Guardia civil y Carabineros. Un tomo, Una peseta.

Diccionario general de la Lengua Castellana, por Vélez de Aragón.—(17.ª edición). Un tomo en holandesa, con planchas doradas, compuesto de 2 268 páginas, 10 pesetas en Madrid y 11 en provincias.

El Barranco de los Cuervos.—Novela original por los Sres. Alarcón y Terán Puyol. Dos tomos de más de 900 páginas cada uno, con magníficos cromos 10 pesetas la obra completa.

Las condiciones para la adquisición y pago de estas obras son las mismas que hemos establecido antes de ahora.

Regalo.—Hacemos el de la obra *Museo Cómic Militar* á todos los que nos favorezcan con el pedido de alguna de las anteriores obras.—Los pedidos de estas obras

Goya, 37, principal derecha.

GRAN FÁBRICA DE SOMBREROS

FUNDADA EN 1840

PREMIADA EN DISTINTAS EXPOSICIONES

DE

Hijos de Antonio Gil

Prim, 11, y Vitoria, 5, Burgos.

SUCURSAL: Fuencarral, 29.—MADRID

Especialidad en sombreros para la Guardia Civil, Alabarderos, Escolta Real y Cuerpos Diplomáticos.

Instituto Médico-Celular y Antiséptico de Madrid

DOMICILIO: Madrid Moderno (edificio construido expresamente para cumplir las necesidades de la profesión y de la ciencia).—Gabinete sucursal: Preciados, 19, (de 4 á 5 de la tarde).—Funciona bajo el patrocinio de los médicos más sabios de Europa.—Dedicado al tratamiento de enfermedades crónicas. (Aquellas cuya duración es mayor de cuarenta días).—Consultas por correo, teléfono y telégrafo.

HONORARIOS PROFESIONALES: 10 pesetas cada consulta.—Gratis á los individuos, clases y oficiales de la Guardia civil.

Manera de formular las consultas por escrito.

Circunstancias generales

Deberán contener, á ser posible, los siguientes extremos:

- 1.º El nombre de la persona.
- 2.º Su estado civil.
- 3.º Profesión, oficio, ocupaciones, aficiones y género de vida.
- 4.º Edad y sexo, manifestando las señoras la presencia ó ausencia del período menstrual.
- 5.º Temperamento.
- 6.º Noticia de dónde vive y de dónde procede el enfermo.
- 7.º Enfermedades padecidas por los padres y personas de la familia del enfermo.
- 8.º Causas de la enfermedad, á juicio del paciente, de la familia ó de uno ó más médicos que le hayan asistido, consignándose lo que en concepto de unos y otros sostiene ó ha influido en el desarrollo de la dolencia que se consulta.
- 9.º Recuerdo de las enfermedades padecidas en la vida, y remedios empleados para combatirlas.
- 10.º Determinación del sitio del mal y molestias que le acompañan, explicando cada cual á su modo todos los extremos y noticias que crea pertinentes.

Enfermos del pecho.

Los que padecen del aparato respiratorio, además de las noticias anteriores, deberán añadir los datos siguientes:

- 1.º Noticia sobre la armadura del pecho; es decir, su conformación, expresando si es prominente, hundido ó si sobresalen los huesos.
- 2.º Habitación donde viven y atmósfera que respiran durante el día y la noche.
- 3.º Consignar si han padecido escrófulas, anemias, escorbuto ó cloro-anemia.
- 4.º ¿Es fumador el enfermo? ¿Es propenso á los resfriados?

- 5.º ¿Hay alegría ó mal humor?
- 6.º Peso del cuerpo.
- 7.º ¿Es de constitución endeble?
- 8.º **Sexo femenino:** ¿Sigue ó está suprimida la regla?—¿Es casada?—¿Ha tenido sucesión?—¿Lacta?—¿Ha criado á sus hijos?
- 9.º **Apetito y digestiones:** ¿cómo están?—¿Cada cuánto tiempo se mueve el vientre?
- 10.º ¿Alguien de la familia ha padecido del pecho?
- 11.º ¿El enfermo ha asistido á alguna persona de su familia, que haya sufrido del aparato respiratorio?
- 12.º ¿Hay tos?—¿A qué hora?—¿Cuándo, cómo y en qué circunstancia aumenta, se atenúa ó exaspera?
- 13.º ¿Hay expectoración?—¿Es ésta fácil ó difícil?—¿En qué cantidad se segrega?—¿Qué carácter tiene?—¿Es blanca, clara, espumosa, ó bien amarilla, negruzca, espesa, purulenta ó teñida de sangre?
- 14.º ¿Hay ronquidos?—¿Se percibe ruido de mucosidad en el pecho?
- 15.º ¿Ha tenido algún vómito de sangre?—¿Cuándo, cómo y en qué cantidad?
- 16.º ¿En qué posición duerme el enfermo?—¿Cuántas almohadas necesita para respirar mejor?
- 17.º ¿La respiración es lenta ó frecuente?
- 18.º ¿Hay dolor en alguna parte del pecho, costado ó espalda?—En caso afirmativo, ¿ese dolor es constante, ó aumenta al respirar?
- 19.º ¿Suda el enfermo por la noche, especialmente á la madrugada, y de la cabeza y pecho?
- 20.º ¿Se fatiga el enfermo al respirar, al andar ó al hacer algún esfuerzo?
- 21.º ¿Qué remedios se han opuesto á la curación ó desarrollo del mal?—¿Cuáles han sido ineficaces, y cuáles han proporcionado alivio?

Enfermos del estómago

Los que sufran de esta entraña, además de expresar las diez circunstancias generales, añadirán noticias sobre las siguientes:

- 1.º **LABIOS:** ¿Son delgados ó están engrosados?

- 2.º **MUCOSA DE LA BOCA Y ENCÍAS:** ¿Está roja, pálida, encendida, sensible, íntegra ó agrietada?
- 3.º **DIENTES:** ¿Están descarnados, flojos, firmes?—¿Falta alguna pieza?—¿Está alguno cascado ó doloroso?—¿Están habitualmente limpios ó sarrosos?
- 4.º **LENGUA:** ¿Está húmeda, seca ó enjuta; sucia ó limpia, pálida ó encendida?—Y su sabor, ¿es malo ó indiferente?
- 5.º ¿Hay molestias en la garganta al tragar ó beber?
- 6.º Manifestará el enfermo si sufre dolor de estómago: en caso afirmativo, señalará su carácter, duración, horas en que aparece y desaparece, con relación á las comidas.
- 7.º Manifestará el enfermo la clase de alimentos y bebidas que ingiere, y en qué cantidad, nombrando aquello que á su juicio le aprovecha mejor ó le perturba más.
- 8.º ¿Es fumador?
- 9.º ¿Hay eructos ó gases?—¿Estos son acres ó quemantes?
- 10.º ¿Cómo está el apetito?—¿Es nulo ó exagerado?—¿Está avivado con relación á determinados alimentos ó bebidas?
- 11.º El paciente de estómago, ¿es aficionado á lo salado ó picante al café, á la cerveza, á los refrescos ó á los ácidos?
- 12.º ¿Hay náuseas ó vómitos?—En tal caso, ¿cuándo y cómo son?—¿Sanguinolentos, acafetados, negros, amarillos biliosos, con ó sin alimento digerido ó sin digerir?
- 13.º ¿Hay estreñimiento ó diarrea?
- 14.º ¿El enfermo usa ó abusa de los purgantes?
- 15.º ¿El excremento es adelgazado, duro, aplana-do, sanguinolento, mucoso ó seroso?
- 16.º ¿El enfermo ha eliminado alguna vez lombrices?
- 17.º ¿Qué remedios y aguas ha tomado el enfermo, y qué resultado ha obtenido?

Dirección de las cartas: Dr. Audet, Madrid Moderno, Madrid